

sar 1985), mientras que estudios como los más recientes de Augustin Redondo o dirigidos por él se han centrado en la pedagogía, con dedicación especial a la lectura y la escritura (1997); en España destacan los trabajos sobre la alfabetización de Viñao Frago, con la peculiaridad de tener por objeto los siglos XVIII y XIX (múltiples referencias a este y otros estudiosos en Castillo y Sáez 1994:143-149). Pero será en Italia donde surja la orientación de la «historia de la cultura escrita» que más repercute en nuestro país, gracias a Attilio Bartoli Langeli y Armando Petrucci, sobre todo a raíz del congreso «Alfabetismo y cultura escrita en la historia de la sociedad italiana» celebrado en 1977. Son fines de esta orientación «el estudio de todos los usos activos y pasivos de la escritura, la extensión cuantitativa de los mismos, el análisis de los contenidos culturales e ideológicos transmitidos mediante la escritura o el grado de prestigio social alcanzado en cada momento por las personas alfabetizadas y sobre todo por quienes se dedicaron profesionalmente a la escritura» (Castillo y Sáez 1994:134; Bartoli Langeli 1978:28)<sup>6</sup>. Manifestaciones sobresalientes de esta nueva línea en España, además de la publicación de la revista *Signo* en la Universidad de Alcalá desde 1994, son los trabajos de Francisco Gimeno Blay sobre la escritura en la diócesis de Segorbe entre los siglos XIV y XV (1985) y Castillo Gómez (1997), que estudia los usos de la escritura en Alcalá de Henares durante el Renacimiento, y que tal vez sea el fruto más logrado de esta orientación; y es que el inicio de la Edad Moderna es un momento en que la escritura se abre a nuevos grupos sociales y se hace más complejo su empleo, aparte del mejor conocimiento documental del siglo XV en adelante.

3. La historia parcial de la paleografía aquí apenas apuntada forma parte del esfuerzo legítimo en cualquier disciplina por encontrar un objetivo propio y una metodología específica, además de adecuada a ese objeto, y no fue el de la «historia de la cultura escrita» el único camino para ello. En palabras de Giorgio Cencetti, «la paleografía tiene que encontrar su ritmo y su método en sí misma, y no puede derivarlo de otras disciplinas, ni siquiera de una genérica historia de la cultura» (1948:5; Pratesi 1988: p. XVI). Un caso paralelo ha sido el de la lingüística, que de la mano del estructuralismo postulado a principios del siglo XX por Ferdinand de Saussure (1975) vio en la descripción interna del sistema, organizado en torno a oposiciones formales, su quehacer primordial. Y si aduzco aquí el desarrollo de la lingüística en siglo XX es porque no ha faltado una visión estructuralista de la paleografía. En los años 50, Giorgio Costamagna (1972;

<sup>6</sup> Muchos trabajos fueron publicados desde 1988 en la revista *Alfabetismo e Cultura Scritta*.

Supino Matini 1988:54-57) proyectó sobre la paleografía un modelo teórico tomado del estructuralismo lingüístico, al distinguir en los signos de la escritura un hecho de «sustancia» y una «forma expresiva» (de claro paralelo con la distinción entre sustancia y forma de Saussure. En palabras (que traduzco) de Pratesi (1988: p. XVIII), Costamagna «establece en la comunicación la función gráfica y propone estudiar el signo (hecho de “sustancia” y de “forma expresiva”) según un modelo matemático-científico que debería garantizar la objetividad de los resultados, pero, renunciando a valorar la incidencia en el fenómeno del multiforme factor humano, niega el carácter histórico del continuo hacerse de la escritura». El lingüista, y muy en particular el historiador de la lengua, seguramente sonreirá ante tal propuesta, pues reconocerá el mismo sesgo inmanentista que ahora es tan denostado en su disciplina. Pero se equivoca quien crea que las aportaciones de este paleógrafo son de poco peso. Sus investigaciones sobre la direccionalidad de la escritura (el *ductus*) son referencia sólida para entender algunos procesos esenciales de la cursividad (no extrañará, sin embargo, que luego volviera este autor a percibir el peso de lo social y de la historia en la evolución de la escritura). No muy lejos de algunos planteamientos de Costamagna están los de Emanuele Cassamassima (Casamassima y Staraz 1977; Supino Martini 1988:64), aunque, al parecer son independientes, pues también conciben la escritura como estructura, y ve el proceso histórico de renovación como una selección de variantes. Para esa selección habría razones de eficacia. El paralelo con la metodología de la historia lingüística es, de nuevo, manifiesta.

Algunos de los intentos más sólidos de dotar a la paleografía de un método específico se deben a investigadores franceses como Jean Mallon (1952) y Louis Gilissen (1973). El primero estableció con claridad los elementos constitutivos de la escritura, que son, fundamentalmente, el ángulo respecto del renglón, el tamaño y proporción entre las letras, la dirección del trazo o *ductus* y la forma de cada letra. A Gilissen se debe el desarrollo de la llamada «paleografía de análisis», que propugna ante todo la datación de testimonios manuscritos no fechados por comparación con los de fecha conocida, pero no según una impresión subjetiva, sino mediante el análisis (*expertise*), incluso en modo cuantitativo, de los rasgos de escritura, empezando por la forma de las letras. En España, María Jesús Torrens (1995) llevó a cabo una brillante aplicación de este método (cf. Sáez 1997:306-307), pues comparando las formas contextuales (alógrafos) de *d* recta y uncial o inclinada hacia la izquierda, *r* recta y redonda, *s* alta y de doble curva e *i* corta y larga (*j*) llega a situar en el tiempo con bastante verosimilitud el código del *Fuero de Alcalá* (ca. 1235), lo que, claro está, encaja con

los datos históricos que podemos reconstruir acerca de su motivación y circunstancia histórica en que se compuso (Torrens, en prensa).

4. Si el trabajo de Torrens es particularmente valioso no es sólo por su utilidad para datar códices, lo cual ya es de enorme importancia, sino porque apunta a causas no estrictamente paleográficas en la evolución de la manuscritura: «estos usos gráfico-paleográficos, así como la configuración de lo que en principio fueron meros alógrafos en verdaderas grafías, evidencian la estrecha relación entre la evolución paleográfica y la historia lingüística» (Torrens 1995:369). El caso más significativo es el de la nueva situación de *c* y *ç*. Menéndez Pidal (1976, II § 54.2) explicó cómo en su origen la *ç* era una variante formal de la *z*, situación que manifiesta la escritura visigótica; la indistinción gráfica entre *z* y *c* se refleja igualmente en las primeras tradiciones de escrituras romances de forma prácticamente general hasta bien entrado el siglo XIII, como he podido comprobar en los diplomas de la catedral de Toledo, de modo que hay documentos que o bien solo usan *c* y *z*, con lo cual la distinción entre sordas y sonoras no puede representarse (pues se escribirá igual la sibilante dental sorda de *cabeza* o *arzobispo* que la sonora de *dezir* o *vezes*); como explica Torrens, el *Fuero de Alcalá*, de hacia 1235, que sí tiene *ç*, la emplea todavía como variante formal (alógrafo) de *z*, de modo que el verbo «hacer» puede escribirse como *fazer*, *facer* o *façer*. Sin embargo, compruebo que algunos documentos anteriores habían habilitado el antiguo alógrafo de *z* para las secuencias *ça*, *ço*, *çu*, o lo empleaban como alternativa a *c* en *çe*, *çi* para expresar en todos estos casos el valor sordo, pero no para el sonoro, que se representaba por *z* (este reparto se ve ya con toda claridad en documentos tempranos de la catedral de Toledo, por ejemplo en A.2.B.1.1 de 1226).

La intuición de Torrens resulta, a mi entender, cierta, y tal vez pronto pueda formularse inequívocamente una regla al respecto: el cambio paleográfico precede al cambio gráfico, y el proceso de conversión de alógrafos en grafías responde en buena medida a su utilidad para reflejar oposiciones fonéticas, que podrán ser preexistentes, pero que no se reflejaban antes en la escritura. Naturalmente, la fijación gráfica suele ir acompañada de una evolución formal de los alógrafos para hacerlos visualmente más distinguibles. En general, se aprecia como factor evolutivo de la escritura el aprovechamiento de lo que en principio son variantes formales de la letra para expresar valores fonéticos diferentes, lo que confiere una enorme permeabilidad a los dos niveles de la escritura aquí en liza, el paleográfico y el gráfico. Ejemplo de ese aprovechamiento es el caso llamativo de las dos formas de la *i* señaladas por Fernández López (1996) en manuscritos castellanos del

siglo XIV al XVI; si en el siglo XIII *i* («i» corta) e *j* («i» larga) alternan en empleos vocálicos y consonánticos (*mj*, *iusto*), con factores débiles de regulación como el intento de evitar la ambigüedad en contacto con *n*, *m*, *u* (*ujujr* por *uiuir* «vivir»), la escritura cursiva del siglo XIV distingue con toda claridad entre una «i» larga, que se prolonga sólo hacia abajo, para el valor vocálico (*bvo* «vivo») y una «i» alta que se prolonga tanto hacia abajo como arriba y que se usa para el valor consonántico (*justo* «justo»). La distinción, inadvertida hasta el estudio de Fernández López demuestra, insisto, la labilidad de la frontera entre paleografía y grafía, pues si en el sistema gráfico del español moderno tenemos la «jota» con exclusivo valor consonántico, ¿habremos de incluir esa «i» alta como grafema diferenciado de la «i» corta y de la «i» larga? Desde luego, la «jota» no es sino la continuación natural de la «i» alta, pero tal vez resulte, además, significativa la desaparición de la «i» larga como una manera de escribir la vocal, hecho que parece situarse a principios del siglo XVI en alguna tradición documental (Díaz Moreno 1999: § 3.2.1.2.4.), y que sólo en parte va asociado a la «sustitución» de la gótica por la humanística. Y al respecto es del todo legítimo preguntarse, siquiera para descartar posibilidades, si la nueva oposición entre *i* corta para la vocal y jota para la consonante puede tener correlación con la velarización de las antiguas prepalatales sorda y sonoras, dentro de la hipótesis antes enunciada de que una posible motivación para el cambio paleográfico-gráfico sea el reflejo de las innovaciones fonéticas, cierto que no al unísono, sino con el retraso que se deriva de la necesidad de emergencia social de tales innovaciones para que puedan tener reflejo en la escritura.

La necesidad de una correcta interpretación de los hechos paleográficos es evidente si se quieren obtener deducciones fonéticas fiables acerca de los textos antiguos, y hoy cualquier historiador de la lengua sabe que no es lo mismo atestiguar la confusión entre «ese» sorda y «ese» sonora por el empleo de «ese» alta en vez de doble «ese» (-ss-) que por la adopción «ese sigma», pues no en vano, en su origen la «sigma» procede del engarce de dos eses altas, según sostengo (Sánchez-Prieto Borja 1998<sup>1</sup>). Pero no será cuestión baladí la de si el empleo indiferenciado de un mismo signo (la «ese sigma») tanto para lo que suponemos que eran dos fonemas diferenciados sordo y sonoro, indicaba un desistimiento en la distinción que puede ser muestra de que esos fonemas se percibían, ya a principios del siglo XIV, como uno solo. Ciertamente, claro, que no por todos ni en todos los lugares de la misma manera, pues los «alógrafos» ese sigma y ese alta habrá quien los utilice de manera inequívoca para marcar, respectivamente, la sorda y la sonora, lo que apunta a la coexistencia de distintas «normas», aunque habrá que ver si en el uso efectivo o más bien en la lectura de los textos, pues la